

Hacia una Sintaxis Universal

—Un eslabón perdido en la Hermandad Humana.

(ESTUDIO DE SINTAXIS COMPARADA)

Por NICOLAS ORMAECHEA.

“Todos los hombres, dice Juan de Valdés, somos más obligados a ilustrar y enriquecer la lengua que nos es natural y que mamamos en las tetas de nuestras madres, que no la que nos es pegadiza y que aprendemos en los libros”. (*Diálogo de la Lengua*. Edición Espasa Calpe, Madrid, 1946. p. 19.)

Pregunto ante todo: es que verdaderamente estamos obligados a ilustrar y enriquecer nuestra lengua propia con detrimento de la fraternidad humana? Porque, en efecto, más gusta el hombre hablar con su perro que con hombre de diferente idioma, como dice el Aguila de Hipona. Luego esta ley o tendencia natural, se opone a la ley no menos natural de la fraternidad?

Pero de la diversidad de las lenguas, por más grande que ella sea, podemos sacar argumento, analizándolas profundamente, para demostrar su hermandad primitiva. Este es el objeto de mi estudio.

Intento lo primero “ilustrar y enriquecer” científicamente mi lengua natural, haciendo ver de pasada la gran luz que ella derrama sobre todas las sintaxis conocidas, y sobre la española en particular.

Entro en materia exponiendo la sintaxis de mi idioma, clave de toda otra sintaxis humana conocida, y eslabón por consiguiente recobrado para que las tan diferentes lenguas de la familia humana reconozcan su glorioso parentesco.

Hace ya cerca de sesenta años que el señor Azkue, Presidente hoy de la Academia Vasca, escribió su EUSKAL-IZKINDE o Gramática Vasca, en la cual, como regla de sintaxis, formula nuestro orden de palabras en la conversación de la siguiente manera: “La sintaxis vasca es la más sencilla del mundo: consiste en colocar las palabras de la respuesta en el mismo orden que las de la pregunta”. Me explico.

Toda prosa no dialogada se concibe como una respuesta o serie de respuestas a una pregunta o serie de preguntas que se supone ir haciendo calladamente. Así proceden los aprendices del latín al analizarlo. Esta era la concepción de los latinos en el desarrollo de cualquier tratado: “id quod in quaestione est; id quod maxime in oratione quaerimus”. Por eso se llama cuestión o pregunta, aunque en todo el tratado no haya ninguna proposición interrogativa.

Nuestra manera actual de escribir, bastante artiarística, se parece mucho a la práctica del maniático que va hablando solo o en monólogo, sin que nos demos cuenta, sino de vez en cuando, de que nos las habemos con el caro lector. Cuesta tanto hacer un buen diálogo!

Voy a empezar poniendo en español un ejemplo práctico de sintaxis vasca, o si queréis turca o japonesa, que según mis informes, tienen grandísima semejanza, cuando no identidad.

Pregunto: cuántos hijos tiene Pedro? En la sintaxis primitiva de esas lenguas, así se responde: "Cuatro hijos tiene Pedro". Este caso va bien aun en español. El responder "Pedro tiene cuatro hijos", es ambiguo y puede significar tres cosas: "*Pedro tiene* cuatro hijos"; "*Pedro, tiene* cuatro hijos"; Pedro tiene... *cuatro hijos*. Responden a estas tres preguntas: "¿Quién tiene cuatro hijos?"; "¿Tiene Fulano cuatro hijos?"; "¿Cuántos hijos tiene Fulano?". Hoy se mezclan las tres cosas merced a la fatal teoría sujeto-verbo-complemento.

La sintaxis antigua procede así:

- 1) *Quién* tiene cuatro hijos? *Pedro tiene* cuatro hijos (no Juan).
- 2) *Tiene* Pedro cuatro hijos? *Tiene* Pedro cuatro hijos. (No deja de tenerlos).
- 3) *Cuántos* hijos tiene Pedro? *Cuatro hijos* tiene Pedro.

A todas tres preguntas se tiende a dar hoy la misma respuesta material, en el mismo orden de palabras, si bien se puede diversificar gracias a la puntuación o al subrayado.

Para hablar con más claridad, suponiendo que la sintaxis propiamente dicha no es sino el orden de las palabras en la proposición según su categoría, "ordre de mots" que llaman los franceses, dos clases distingo de sintaxis: la escrita o sin puntuación, y la hablada con puntuación. En la sintaxis escrita o para escrita al estilo nuestro, el orden es tal que no se puede vacilar en el sentido de la frase, aunque no lleve comas, puntos, ni subrayados, por ser su sentido el único posible; en la sintaxis hablada hay que poner comas, so pena de que el sentido quede oscuro.

Ved de paso la admirable variedad y armonía de la sintaxis escrita o para escrita, que siempre va cambiando el orden de las palabras, y la espantable monotonía y muchas veces oscuridad de la prosa moderna, que para todas las cuestiones pone un solo orden; sujeto, verbo y complemento.

Cuando uno dice hoy "Pedro tiene cuatro hijo", para darse a entender, tiene que recalcar el acento de frase: *Pedro tiene* cuatro hijos (no otro); *Pedro, tiene* cuatro hijos (no deja de tenerlos), *Pedro tiene*... *cuatro hijos* (no más ni menos).

El acento de frase, lo habréis observado, es el que recae sobre el verbo solo, si la respuesta ha de ser *en efecto*, *sí* o *no*: *Tiene* (en efecto) Pedro cuatro hijos; si no recae sobre el verbo, es la mayor fuerza fonética que reciben cosa cuestionada y verbo: *Pedro* (es el que) *tiene* cuatro hijos; *cuatro hijos* (son los que) *tiene* Pedro. Los que hayáis estudiado en lingüística el acento de frase y no os hayáis dado cuenta de qué era eso de acento de frase y de cómo el griego lo perdió y el latín no, ahora entenderéis perfectamente lo que era, y por qué lo perdió el griego y el latín no lo perdió. Las lenguas modernas han conservado ese acento de frase en la interrogación, puesto que todas las antiguas preguntan en el mismo orden de categoría de palabras, es decir, acentúan más marcadamente el grupo de palabras *cosa cuestionada-verbo*. Y precisamente por no haber conservado en la respuesta ese bloque articulado de la pregunta, es por lo que lo han perdido. El español, sin embargo, lo conserva en un tanto por ciento bastante subido, sobre todo en los primeros documentos, y aun hoy se pudiera volver al siglo dieciséis por lo menos. Yo mismo lo hubiera practicado, en este estudio, si no hubiese temido extrañar vuestros oídos con sintaxis arcaizante.

En la sintaxis moderna se da un número sinnúmero de desarticulaciones de esos dos elementos, oscureciendo muchas veces y debilitando siempre la idea. La colocación más perfecta de palabras en la proposición

en estudio, es la siguiente: "Cuatro hijos tiene Pedro". El sujeto al fin (complemento, verbo, sujeto), y no el verbo siempre al final, ni en vasco ni en latín. De poner aquí el verbo en último término, provendría la necesidad de tomar la frase: "Pedro, cuatro hijos tiene". Se cree falsamente, que en latín, vasco y en otras lenguas primitivas, el verbo debe ir generalmente al fin de la cláusula. A pesar de la manía de terminar la frase en palabras de mucho volumen fonético, y el verbo latino ofrece muchos ejemplos, ni Cicerón termina muchas veces en verbo. Termina no pocas con sujeto u otra categoría de vocablo. El verbo va al principio en estas lenguas, cuando se quiere recalcar el hecho afirmado o negado: "Errabas, Verres". Te equivocabas, Verres. Lo cuestionado va al principio, antes del verbo, cuando es lo que se quiere hacer resaltar: "Vehementer errabas". "Grandemente te equivocabas", y no "te equivocabas grandemente". El sujeto y otros elementos van al fin cuando tienen menor importancia lógica. Veámoslo en latín.

Saltatorem appellat L. Murenam Cato; bailarín llama a Lucio Murena Catón. Menos perfecta sería toda otra combinación, incluso la de verbo final, porque habría necesidad de comar la frase. La cosa es no desarticular el bloque "saltatorem appellat". Por consiguiente, tan latín es decir:

- 1) Saltatorem appellat L. Murenam Cato;
- 2) Saltatorem appellat Cato L. Murenam;
- 3) Cato saltatorem appellat L. Murenam;
- 4) Cato L. Murenam saltatorem appellat;
- 5) L. Murenam Cato saltatorem appellat;
- 6) L. Murenam saltatorem appellat Cato.

Toda la gracia está en no desarticular la cosa cuestionada de su verbo. Y no veáis aquí, como vulgarmente se dice, la gran libertad de hipérbaton de nuestras antiguas lenguas. Todas estas combinaciones obedecen a otras tantas maneras de pregunta que se pueden hacer:

- 1) Quid appellat quem quis?
- 2) Quid appellat quis quem?
- 3) Quis quid appellat quem?
- 4) Quis quem quid appellat?
- 5) Quem quis quid appellat?
- 6) Quem quid quis appellat?

Aun en español de hoy se pueden hacer con tanta naturalidad todas esas preguntas:

- 1) Qué llama a quién y quién?
- 1) Qué llama quién y a quién?
- 3) Quién y qué llama a quien?
- 4) Quién y a quién qué llama?
- 5) A quién y quién qué llama?
- 6) A quién y qué quién llama?

He aquí expuesta la clave de todas las sintaxis, y voy a hacer aplicaciones. Cómo diréis, puede o pudo haber una sintaxis o un orden de palabras para toda lengua? No voy a evitar la experiencia incluso con el vasco y el francés, lenguas lo más antitéticas posible.

Suelen achacarnos los franceses, que los vascos hablamos al revés de ellos, lo que con frase gráfica expresan diciendo que ponemos "el carro

delante de los bueyes". Y ellos . . . al revés de nosotros. Pero nosotros les preguntamos: y quién es el antípoda de quién? En otras circunstancias sería disputa interminable, máxime cuando entra en juego la vanidad nacional; pero la solución del problema no admite la más leve duda. El francés resulta antípoda de sí mismo, porque la mitad del camino la recorre a pie, y la otra mitad cabeza abajo. El francés pregunta:

1 2 3
D'ou venez-vous?

Y responde:

3 2 1
Je viens de Paris.

El vasco pregunta como el español:

1 2 3
Nondik ator i

Y responde:

Andik natorek ni.

Y el español clásico:

1 2 3
De dónde vienes tú?

Y responde como el español clásico:

1 2 3
De París vengo yo.

La preposición romance *de* y el sufijo vasco —dik,—tik, son elementos secundarios de subordinación. Nosotros tenemos posposiciones o sufijos en vez de preposiciones; pero las categorías gramaticales de lugar, verbo, sujeto son las mismas. Los franceses tienen dos lógicas, pernicioso la segunda: sujeto, verbo, complemento. Nosotros no admitimos más que una lógica, un orden, el de la pregunta que es bien directo. Ellos han inventado el otro que llaman inverso.

La diferencia en la prosa es sorprendente: la variedad en la unidad nuestra frente a la monotonía suya. Nosotros hacemos danzar, y permitid una metáfora bien nuestra, hacemos danzar a cada parte de la proposición a la izquierda del verbo. Si el verbo mismo es lo cuestionado, él obtiene el primer puesto, danzando su paso de honor, y entonces recibe sobre sí toda la música o acento de frase. Ellos tienen generalmente una misma combinación, sujeto, verbo, complemento, usurpando el sujeto siempre, como perpetuo dictador, el puesto de las demás palabras.

No hallando para experiencia trozos en diálogo que repitan en la respuesta todas las palabras de la pregunta, me acordé del Catecismo que estudiamos desde niños y procede de la manera que a mí me conviene para mi demostración. En un texto aproximadamente igual de dos Catecismos, el de la diócesis francesa de Dax y el de la vasca de Vitoria hallé en el primero diez tipos de pregunta con uno solo de respuesta, y en el segundo treinta y una suertes de pregunta con otras tantas de respuesta.

Es también pernicioso esa lógica nueva, por otro concepto. Hay casos en que no se puede discernir cuál es el sujeto y cuál el atributo en una proposición de verbo sustantivo. Recuerdo que al estudiar segundo año

de latín dos compañeros míos discutieron más de media hora en pública concertación para un puesto, acerca de cuál era el sujeto y cuál el atributo en una proposición de Tácito. En el original no hay ambigüedad. La frase era: "Mater eius Julia Procilla fuit". (Introducción a la Vida de Agricola). El uno la traducía: "Su madre fué (o se llamaba) Julia Procila". Ese tenía la razón. El otro la interpretaba así: "Julia Procila, fué madre suya". La pregunta es *quién* fué su madre y no, *qué* fué Julia Procila para Tácito. En latín y en vasco no hay ninguna dificultad, porque el atributo se coloca junto y anterior al verbo. Aun en español clásico diríamos así: "Su madre, quién fué? Su madre, Julia Procila fué". O también: "Quién fué su madre? Julia Procila fué su madre".

De aquella para mí memorable discusión no salió ninguna luz, porque aun el profesor quedó indeciso y lo tomó a risa. Yo no supe formular la idea como hoy; pero si volviera a la niñez, creo que convencería a discípulos y maestro.

A alguno se le habrá ocurrido después de lo dicho, que tan clave universal de sintaxis resulta el latín como el vasco. Claro que sí; pero en nuestras antiguas leyes, la caza era del que la levantaba, y nosotros somos los que la hemos levantado y aun cobrado. Abrigo la satisfacción de que nadie podrá competentemente hablar de sintaxis latina o moderna sin referirse a este descubrimiento nuestro. En mi destierro de Francia se me ocurrió aplicar la regla de nuestro Presidente Azkue a las lenguas clásicas, y el resultado fué, que Crispo Salustio (me refiero siempre a los trozos que he analizado) coincide con la sintaxis vasca el 97% de veces amoldando su prosa no dialogada a su propia manera de pregunta. Julio César llega al 95%, y Cicerón al 94%. Cornelio Nepote y otros autores bajan al sesenta y cinco por ciento. Advierto de paso, que cuando el latín se aparta de la manera de preguntar vasca o viceversa, también se aparta en su manera de respuesta. Lo cual indica una tendencia anterior del género humano a hacer coincidir la una con la otra.

El griego estaba más alterado, pues ya en tiempo de Homero, no digamos en el de Platón (véase p.ej. la Apología de Sócrates; cuando escribe en diálogo tiene menos transgresiones) el número de transgresiones a la regla que hemos establecido, llega en trozos de la Ilíada a treinta y a treinta y cinco por ciento. Las transgresiones de Virgilio llegan a un promedio de 28% solamente. Y eso que el verso griego es más fácil de construir, como sabéis, porque tiene sílabas indiferentes en duración, que pueden servir lo mismo para breves que para largas.

Esta clave nos hace avanzar extraordinariamente en el estudio de la sintaxis latina, presentando la fórmula más sencilla y más universal que se haya hallado hasta ahora ni podrá hallarse. Los alemanes, los más avanzados en lingüística latina, habían dado con las siguientes fórmulas: llamando P a la proposición principal y s a la secundaria, se dan las siguientes combinaciones:

P	s	s	P
P	s	P	s
s	P	s	P
s	P	P	s

Nos podrían decir los alemanes qué número de veces se verifican esas combinaciones en cada autor; pero nosotros les presentamos una fórmula

única: $R = I$, es decir, respuesta igual a interrogación, que contiene eminentemente cuantas fórmulas se puedan inventar.

La regla infalible en latín y en vasco y en las lenguas primitivas (turco, japonés) es el grupo articulado de *cosa cuestionada, verbo*. Los demás elementos se pueden variar según se pueda variar la pregunta. Voy a proponer el último ejemplo latino, para pasar ya al español:

“Marcus Tullius Cicero salutem plurimam dicit Attico”.

Barajemos, y dispensad la metáfora viciosa de los jugadores de naípe, barajemos esa proposición según la regla indicada. Notad una vez más, que lo que no puede sufrir modificación es el grupo articulado “salutem plurimam dicit”. Los demás elementos sufren las siguientes modificaciones, correspondientes a otras tantas clases de pregunta.

- 1) Marcus Tullius Cicero, *salutem plurimam dicit Attico*;
- 2) Marcus Tullius Cicero, Attico *salutem plurimam dicit*;
- 3) *Salutem plurimam dicit Marcus Tullius Attico*;
- 4) *Salutem plurimam dicit Attico Marcus Tullius*;
- 5) Attico Marcus Tullius *salutem plurimam dicit*;
- 6) Attico *salutem plurimam dicit Marcus Tullius*.

Queda sólo el grupo articulado “salutem plurimam dicit” sin disgregación posible.

Sobre colocar el verbo al final de la cláusula, voy a comentar a Juan de Valdés. “No pongáis el verbo a la fin de la cláusula, dice, (159-14) cuando él de suyo no se cae, como hacen los que quieren imitar a los que scriven mal latín: *Siempre te bien quise, y nunca te bien hice*”. El corrige así: *siempre te quise bien y nunca te hice bien*. El refrán y su comentador salen mal parados; pero el comentador es el que sale peor, porque el refrán tiene razón en lo de poner el verbo “a la fin”: *Cómo te quise? Qué te hice?* Una falta tiene, sin embargo el refrán, porque no se pregunta: *te cómo quise, te qué hice?* La verdad está en esto otro: *Cómo te quise? —Bien te quise; qué te hice? —Nunca bien te hice.*

Al hablar de la Novela de Amadís de Gaula, que juzga bastante des-
acertadamente, aun cuando Valdés es hombre de muy recto juicio en general, dice lo siguiente: “en el estilo mismo no me contenta donde de industria pone el verbo a la fin de la cláusula, lo cual hace muchas veces como aquí: “Tiene una puerta que a la huerta sale”.

Tras de que la consonancia hubiera sonado mal en prosa: Tiene una *puerta* que sale a la *huerta*, las preguntas son: tiene puerta? A dónde sale? Luego en sintaxis correcta se debe responder: una puerta tiene que a la huerta sale, o tiene (en efecto) una puerta que a la huerta sale. Español bien inteligible en nuestros días. Y por qué dice Valdés “de industria pone” en lugar de “pone de industria”, contradiciendo su teoría? La teoría de Valdés cae aquí mal, porque la pregunta es “cómo pone” y no “pone cómo”.

“En los refranes se ve mucho bien, dice Valdés, la puridad de la lengua castellana” (15-1,2). Pues la mayoría de ellos van contra la teoría del heterodoxo. Los refranes castellanos no son imitaciones del estilo latino, sino, como este mismo autor dice, “son tomados de dichos vulgares, los más dellos nacidos y criados entre viejas tras del fuego hilando sus ruecas...” (115-11). Vamos a exponer algunos de ellos.

"Dijo el asno al mulo: harre allá, orejudo" (31-1). Trastocado estaría mejor: qué es lo que dijo el asno al mulo? Harre allá, orejudo, dijo el asno al mulo. "Dijo la sartén a la caldera: tira allá, culinegra" (39-4). Si se pusiese el complemento genérico "esto": "Esto dijo la sartén a la caldera: no me tiznes, culinegra", como se hace en latín y en vasco, iría perfecto; pero sin ese complemento genérico o anunciador o aparente que llamarían los franceses, había que trastocar también la frase: "Tira allá culinegra, dijo la sartén a la caldera". Qué cosa dijo la sartén a la caldera? Esto dijo la sartén a la caldera; o si la frase no es larga con peligro de oscurecer o tardar mucho la reanudación del sentido, "tira allá culinegra, dijo la sartén a la caldera".

"De lo contado come el lobo" (39-11). De qué como el lobo? Perfecta sintaxis, y no "el lobo come de lo contado". Se pudiera también poner el sujeto al principio, pero haría falta coma: "el lobo, de lo contado come".

"El Abad, de donde canta de allí yanta" (43, fin). O también: "El Abad, de donde canta yanta". De dónde yanta? Pero es menester una coma, sino escrita, morulada, antes de lo cuestionado. Sintaxis perfecta ésta sería: De donde canta yanta el Abad. Sin coma ni mórula ni confusión posible. "Al ruin, cuando le mientan, luego viene" (4-1). El verbo al fin y no "viene luego", porque no se pregunta si viene o no, sino cuándo viene. Más perfecta sintaxis sería: Luego viene el ruin cuando lo mientan.

"El polvo de la oveja, alcohol es para el lobo" (44-4). Qué es para el lobo? Cabía esta otra combinación: "Para el lobo, el polvo de la oveja, alcohol es". Con el verbo al fin. Más perfecta: "Alcohol es para el lobo el polvo de la oveja". Pero también tiene su encanto fonético la coma que engendra expectación para la segunda parte del refrán. Y además, cuando la frase es larga y se ha dado ya desde el principio el acento de ella, pierde interés y se dificulta la atención.

"Del monte sale quien el monte quema" (45-24). Perfectísima sintaxis con permiso de Valdés, aunque terminen los dos miembros en verbo. Trastocado, haría falta la coma: quien el monte quema, del monte sale. En ambos casos el verbo debe ir al fin, porque las preguntas son "de dónde sale?" y "qué quema?"

"Romero hito, saca zatico" (112-21). Aquí no vendría bien zatico saca, porque la idea es "llega por fin a sacar zatico o tajada". Esta es una de las pocas palabras vascas que Valdés emplea. "Adonde no está su dueño, allí está su duelo" (109-20). Cabía también "su duelo allí está". El grupo articulado es "allí está".

"Al buey maldito el pelo le luce" (102-16). El verbo "a la fin", porque "de suyo se cae". Qué le luce? "Barva a varba, vergüenza se cata" (108-19).

"Dado de ruin, a su dueño se parece" (109-20).

"Donde fuerza viene, derecho se pierde" (17-16).

"Donde las dan, allí las toman" (77-9). (Donde las dan, las toman).

"Duelo ajeno de pelo cuelga" (110-4).

"El que malas mañas ha, tarda o nunca las perderá" (96-10). No es por la rima, elemento que a veces juega en los dichos lapidarios. Cuáles mañas ha? Cuándo las perderá? Sería verdaderamente insulso decir, como en español actual: el que ha malas mañas, las perderá tarde o nunca.

"En salvo está quien repica" (57-20). Trastocado tampoco estaría

mal: Quien repica, en salvo está. Pero sí estaría mal a la moderna: el que repica, está a salvo. Frase ambigua si se le quita la coma: el que repica está en salvo, y no otro.

"Malo verná quien malo me hará" (186-22). Intentad ponerlo en sujeto verbo y complemento, y veréis lo que pierde en vigor y gracia. Vendrá un malo que me hará malo. "Palabras y plumas, el viento las lleva" (11-15). "El viento lleva palabras y plumas" se pudiera decir, pero la detención en la coma le da expresión sentenciosa. "Prendas de garzón, dineros son" (111-18).

"Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija". No es por fuerza del consonante, sino porque coincide exactamente con la pregunta. Trastrucando: Buena sombra le cobija a quien a buen árbol se arrima. Pero siempre "el verbo a la fin, porque de suyo así se cae".

"Quien a sí vence, a nadie teme". (117-15). Mejor sin coma, pero siempre terminando en verbo: —A nadie teme quien a sí vence.

"Quien bien ama, bien desama" (100-26).

"Quien bien ata bien desata" (101-1). No tendría chiste el decir quien ama bien desama bien; quien ata bien desata bien.

"Quien asnos ha perdido, cencerros se le antojan" (52-23).

"Quien bien quiere a Beltrán, bien quiere a su can" (157-17). Sintaxis perfecta a pesar de la rima. Pero más perfecta sin coma: —"Bien quiere a Beltrán quien bien quiere a su can". Salva la ambigüedad del *su*, que en ambas combinaciones subsiste. "Quien cabe mal vecino mora, horas canta y horas llora" (189-17). "Quien las sabe las tañe" (189-20). "Quien lengua ha, a Roma va" (53-5). Qué ha? A dónde va? No es por la rima. "Quien guarda y condesa, dos veces pone mesa" (160-25). Tampoco es por la rima. Es que las palabras *dos veces* conservan el acento de frase en unión con su verbo. "Pone mesa dos veces" sería una frase incolora e insípida.

"Quien su enemigo popa, a sus manos muere" (118-13).

"Quien tiempo tiene y tiempo atiende, tiempo viene que se arrepien-te" (107-1).

"Quien yerra y s'enmienda, a Dios se encomienda". (80-22).

"Sardina que lleva el gato, galduda va" (111-21). La palabra *galduda*, *perdida*, es vasca de entonces y en uso hoy mismo.

"So la color está el engaño". (121-13). El engaño, so la color está. "Todos los duelos, con pan son buenos". (110-5). Más tarde se dijo: "los duelos con pan son menos". Decir "los duelos son menos con pan" no tiene ni sintaxis ni prosodia ni sabor alguno.

"Yerba pace quien la paga" (132-7). Sin coma en medio es sintaxis perfecta. Cabe también el trastrueque sin desarticular complemento y verbo: quien la paga, yerba pace.

En estos refranes citados, la sintaxis primitiva de nuestros idiomas es continua. En otros no citados no es así. Trabajos más minuciosos se harán en las Universidades.

A principios del año pasado envié tres artículos a Europa, escritos en español, analizando a Juan de Valdés, a Baltasar Gracián y a Ramón Pérez de Ayala. La conclusión que yo sacaba era ésta: mientras que el tanto por ciento de coincidencias en la forma de responder con la de preguntar, en los refranes viejos era muy subido, en Gracián (varios capítulos de *El Criticón* analizados) descendían a un cincuenta. Gracián corregido por sí mismo, o por giros de otros capítulos que yo le aplicaba, tomados de él, llegaba al sesenta. En cambio Pérez Ayala, el que más correctamente redacta hoy el español a mi juicio, baja al quince por ciento en cuatro artículos que analicé, publicados por él en *La Prensa de Buenos Aires*.

La evolución de la sintaxis española es evidente, y lo es en sentido

de una evolución plenamente regresiva. Hay mucha menor variedad en la colocación de las palabras y por consiguiente mucho menor fuerza en la expresión, porque el sujeto usurpa muchísimas veces el puesto de lo cuestionado. Y no digamos en francés! Los franceses han perdido totalmente el acento de frase en la prosa no dialogada. Lo mantienen en la interrogación como todo el mundo, y... como los vascos, coincidiendo exactamente en la mitad del camino, y apartándose de nosotros en la otra mitad.

Pero, cosa curiosa. Ese acento de frase lo han sustituido por una frase adicional, innecesaria en nuestro idioma, y que resulta ser el policía más severo contra la lengua actual francesa. Es la frase "C'est... que..." También el español posee frases adicionales como esa, pero en su prosa no dialogada pudiera volver a su pureza y fuerza primitiva. Cuando en vasco y en español digo:

De París vengo, significa que de París (es de donde) vengo. Voy a demostraros de alguna manera, que el orden vasco y el español existió también en francés, si no totalmente, porque en su formación recibió un latín alulterado, en buena parte al menos. Si voy colocando en cada cláusula la frase recalcada francesa que suple a su antiguo acento de frase, tengo lo siguiente:

"C'est de Paris que je viens".

Tachemos las palabras c'est... que... y tenemos el mismo orden nuestro:

"De Paris je viens".

Todo al revés de hoy. Ved aquí restablecido el "je viens de Paris" en el antiguo "De Paris viens-je". Recalcando lo cuestionado, o sea, "de Paris", creo que lo podrán entender aun los franceses de hoy. Según esto, diríamos, imitando a Telésforo de Aranzadi y Unamuno, profesor que fué de la Universidad de Barcelona y mundialmente reconocido como etnólogo, que nosotros uncimos los bueyes por la testa, mientras que los modernos franceses los uncen por el rabo. Examinad también, para confirmación del ejemplo anterior, este otro usado hoy mismo en Francia: "en forgeant on devient forgeron". Lo que en español se dice "andando se aprende a andar" y es traducción del proverbio latino "fabricando fit faber". A fuerza de repetirse de padres a hijos, ha quedado así en sintaxis francesa; pero si hoy hubieran de traducirlo, de otra manera lo harían. "C'est en forgeant qu'on devient forgeron". Tachad el "C'est... que" y el orden es el mismo. Más aún: dadme cualquiera narración vasca o latina, y os la acomodo al mismo orden nuestro, añadiendo en cada cláusula esa frase adicional.

Cuatro hijos tiene Pedro.

Diez años tiene el mayor.

En la escuela, el primer premio ha obtenido;

Vedlo en francés inteligible, si no correcto:

"C'est quatre fils qu'il a Pierre;

"C'est dix ans qu'il a l'ainé;

"A l'école, c'est le premier prix qu'il a obtenu".

Tachemos el "c'est... que..." y el orden de las restantes palabras es el mismo.

En vista de que las dos lenguas más diferentes conocidas, la vasca y la francesa, se dan la mano, gracias al eslabón acentual de frase que nos ha conservado este giro adicional, no creo ser aventurada la hipótesis de una sintaxis única, primitiva, cosa que demostraría victoriosamente la espiritualidad de nuestro entendimiento, el cual nunca se había dado cita para colocar las palabras en orden idéntico por categorías, y con ello la fraternidad universal que ha padecido detrimento por la confusión de idiomas.